

agua de blasfemia que será su aliento, profanación horrible, maldición eterna de la justicia de Dios, lucha constante de las más encontradas pasiones en el corazón del réprobo, ¿todo esto, es tan poca cosa, mis hermanos, para que el hombre que siente cargada su conciencia con el pecado mortal, difiera un solo momento la penitencia? Estamos viendo constantemente caer los árboles más robustos, más lozanos y más floridos, heridos por la justicia divina, y á las gentes que se preguntan asombradas, ¡ah! ¿cómo ha muerto? Lleno estaba de salud, lleno de vida, quien lo hubiera podido pensar! Ayer no más traté con él, y cuan fuera de su pensamiento estaría este instante fatal, ¡Ah!, mis hermanos, y ¿quién nos garantiza que no nos estaría reservada una suerte igual? Con cuanta razón contemplando este terrible porvenir, exclamaba S. Pablo: “¡Ah que cosa tan terrible, capaz de infundir pavor en el más esforzado corazón, y hasta en la médula de vuestros huesos, es caer en las manos del Dios vivo!” Después que Dios nos está esperando tanto tiempo ¡Ah! Si descubriera ahora el velo que encubre nuestras conciencias, para que nos contempláramos todos reciprocamente, pudiéramos leer esa triste historia de las luchas de nuestro corazón y de su bendita gracia, pudiéramos contar todos y cada uno de nosotros, cuantos días, cuantos años há que estamos aplazando temerariamente nuestra conversión, que estamos confiando sacrílegamente en su bondad, para ofenderlo más impunemente! ¡Oh Señor! ¡Qué horror! ¡Cuánta perfidia! ¡Cuánta soberbia! ¡Cuántos sacrilegios! ¡Cuántas osadas profanaciones de tu sangre! ¡Cuántos desafíos insensatos de tu misericordia! Con todo, yo no sé que admirar más, si su dulce paciencia, si su amorosa misericordia, si esa magnimidad sólo propia de su divino corazón, ó nuestra perfidia, nuestra ingratitud, nuestra insensata tenacidad en perseverar en el camino

del mal, estando sin embargo en los bordes del abismo.

La penitencia debe ser pronta, de hoy mismo, del momento presente. ¡Ay de aquel que la difiera!

Si la penitencia debe ser pronta, debe ser también rigurosa. Volved atrás los ojos, mis hermanos, y contemplad esos días famosos, cuando la predicación del Evangelio exitaba el furor de las persecuciones, cuando el triunfador y venturoso prestigio del paganismo hacía casi imposible la propagación de la semilla de la piedad cristiana, ó á lo menos á la plena luz del medio día, cuando los discípulos de Jesucristo se veían obligados, á ocultarse, en el fondo de la tierra para adorar á Dios. Volved los ojos hacia esos primitivos y famosos días de la Iglesia naciente ¡Oh! ¿Dónde se encontraban ojos impuros que no hubieran derramado abundantes lágrimas para expiar los pecados cometidos? ¿Donde se encontraban cuerpos dados á la sensualidad y molición que no se hubieran destrozado sin piedad, hasta humedecer la carne con su sangre y completar, según el mandamiento del Apostol, lo que faltaba de la pasión de Jesucristo en ellos? ¿Donde se encontraban penitentes convertidos á Dios que no hubieran abrazado con entusiasmo y ardor las severas y austeras prácticas con que la Iglesia castigaba, en esos primeros siglos, los pecados públicos, á fin de ejemplarizar al mundo, á fin de purificarlo por la penitencia, á fin de presentar en los altares de Cristo crucificado, victimas inmoladas, no solamente por el amor interior de los corazones, sino también por la sagrada espada de la mortificación? Yo sé, mis hermanos, que por muy sabias razones, muy graves y muy buenas, la Iglesia, inspirada siempre por el Espíritu Santo, ha modificado la severidad de su disciplina, adaptándola á las circunstancias del tiempo y á las múltiples vicitudes porque ha pa-



sado el mundo; pero las industrias de su caridad no pueden disminuir un punto de la santa severidad del Evangelio. Y aquí solo tendré que invitaros á que, dirigiendo vuestra mirada al fondo de vuestro corazón, reparéis las ofensas que habéis hecho á la majestad de Dios y comparéis vuestros pecados, su número, su gravedad, sus circunstancias agravantes; comparéis, respecto, con la vida muelle, regalada, tranquila que en nada se parece, en verdad, á la vida de los santos, siendo jueces vosotros mismos, de si la justicia divina, que halla mancha en los ángeles del cielo, que pesa en a balanza con equidad justísima, hasta los menores pensamientos, se dará por satisfecha, con unas cuantas oraciones mal dichas, con la recepción de los sacramentos sin fervor y sin piedad, con comuniones hechas sin recogimiento.

.....

.....

¡Qué digo yo por la austeridad cristiana! Cuando el nombre mismo de la penitencia parece que está borrado de las mentes y de las conciencias de los cristianos! ¡Cuando tienen horror á la suavísima forma con que la Iglesia ha establecido guardar el precepto del ayuno cuadregesimal! Me parece que vuestra sentencia, la que vosotros mismos pronunciéis, no os será favorable; sin embargo, caminamos á pasos agigantados hácia la muerte, nos acercamos al término de esta vida miserable, vamos con la rapidez de un torrente á sepultarnos en los abismos del sepulcro, con nuestros méritos y nuestras pasiones, nuestras virtudes y nuestros vicios, con nuestra penitencia, nuestras lágrimas, nuestros gemidos, nuestra molicie, nuestra voluptuosidad; vamos á presentarnos al tribunal de un Dios que se negó, por amor al hombre, todo placer, toda comodidad, todo regalo; que nació en un pesebre, que vivió en la oscuridad y el retiro, bajo la dura

ley del trabajo y que escogió para morir el sangriento y doloroso leño de la cruz!

¡Penitencia rigurosa, pues, mis hermanos! Todo lo hemos empleado para el pecado: hemos empleado nuestro entendimiento en instruirnos en el maldecido arte de pecar, hemos ejercitado nuestra voluntad con mil insensatos y criminales deseos, hemos ejercitado nuestra memoria en arrancar de los abismos del olvido nuestros pecados pasados para entregarnos con el recuerdo á otros nuevos, hemos empleado nuestra imaginación y todas las potencias y facultades del espíritu, de la manera más perseverante, en quebrantar la santa ley del Señor, hemos empleado nuestro pensamiento, nuestra voluntad, todos los resortes, en fin, de nuestra conciencia.

¡Ah! Hemos empleado nuestro cuerpo, haciéndole servir á la iniquidad, valiéndonos de todos sus miembros, de nuestra vista, de nuestro oído, de nuestro tacto; de todos los miembros y sentidos del cuerpo, para ofender á Dios, haciéndolos servir, no de instrumentos de su gloria, sino de instrumentos de placer. Nos enseña el Apóstol San Pablo que ya que hemos tenido la desgracia de hacer servir las facultades de nuestra alma y los miembros de nuestro cuerpo para el pecado los hagamos servir á nuestra penitencia, es decir: que nuestra penitencia hiera nuestro espíritu, matando en él todas las pasiones: la soberbia, raíz y principio de toda iniquidad; la ambición que nos hace soñar tan vanos delirios de engrandecimiento; el apetito desordenado del placer, que cambia el lastimoso estado de la vida humana, convirtiéndola en una escena de goces, cuando no es, en verdad, según lo ha establecido Dios, sino un valle de lágrimas. Que la penitencia cristiana fortifique, pues, nuestro corazón arrancando de él esas raíces de todas las pasiones sembradas en su más oculto seno, que hiera nuestro corazón desprendiéndolo de todas las cosas de la vida y poniéndolo solamente en el cielo y en las



cosas espirituales; que fortifique nuestra memoria vendando constantemente todo recuerdo que no sea á propósito para alabar y engrandecer al Señor; que debilite nuestra carne de pecado, fuente de corrupción, que no solamente es el semillero de la muerte sino también de la muerte espiritual del alma y que cerrando nuestros ojos, los cubra con el velo de la modestia y que penetrando en nuestros oídos los cierre y los abra sólo á los cánticos de alabanza á Dios y que llegando á nuestra lengua, la enmudezca para que no hable nunca palabra de pecado como lo recomienda el Apóstol; que luego recorra todos los miembros de nuestro cuerpo y los castigue y los hiera para que se parezca en algo al adorable cuerpo de Jesucristo y sea una copia de esa imagen del Salvador crucificado, en el cual no hay una parte sana, sino que todo está llagado, ensangrentado, presentándose al mundo y los siglos como el verdadero tipo de penitencia cristiana.

Por último, mis hermanos, si nuestra penitencia debe ser pronta, rigurosa, debe ser también universal, quiere decir, que se extienda á la universalidad de los pecados, que no deje revivir en el corazón ninguno, que no deje prendida en el alma ninguna raíz, que mate con igual eficacia á la espantable fiera que nos ha tenido en sus garras y al reptil, que parece despreciable, pero que insensiblemente va derramando el veneno en el fondo del corazón; que lo destruya todo, que lo arrase todo, de manera que quede el alma como un campo limpio de toda maleza; entonces puede venir el sembrador divino y depositar la semilla de su palabra y el riego de su gracia, en señal de su misericordia, para que produzca esos frutos dignos de penitencia de que habla el Espíritu Santo y que son: la modestia, la mansedumbre, la humildad, la obediencia, la caridad, la castidad, la paz, el espíritu de mortificación, el desprendimiento de las

cosas del mundo. Ese gran conjunto es fruto exclusivo, fruto único de la gracia. Penitencia universal pues, mis hermanos. ¡Ah! Queridas pasiones de la juventud! ¡Recuerdos amables, seducciones amorosas, afecciones íntimas del corazón que resisten á todos los golpes de la fortuna y hasta á los de la justicia divina; entretenimientos frívolos á los cuales se apega tanto nuestra pobre alma; pasiones inveteradas que nadie ha podido arrancar del fondo de nuestro corazón; pasiones desgraciadas que parece que retoñan á medida que son más contrariadas; pasiones culpables que se esconden en lo más íntimo del alma cuando las visita la misericordia de Dios, como para escapar de sus influencias y luego que pasa esa visita, vuelven á aparecer en ella como por encanto! ¡Todas ellas, mis hermanos, que desaparezcan, que sean muertas por la penitencia cristiana! Penitencia universal que no deje en pie ninguno de esos profanos idolillos ante los cuales se ha postrado nuestro corazón, para que sobre sus ruinas se levante la imagen del verdadero Dios, grabada con caracteres de oro en el fondo de nuestra alma y á esa imagen rinda nuestro corazón el homenaje y el culto condignos.

Hagamos pues, mis hermanos, penitencia pronta, dolorosa, completa, universal, que todo lo inmole en aras del dolor, para que reine únicamente Cristo Crucificado.

Yo no puedo terminar sin proponer á este divino Señor como el modelo de la penitencia, de la verdadera penitencia, de la penitencia que fructifica para la vida eterna. El, inocente, santo, imagen perfecta de la infante santidad de su Padre adornado con el esplendor de su gloria, de su verdad, El, preséntase ante el terrible tribunal del Padre Eterno, cuando se deliberaba sobre la suerte del linaje humano y le dice: *“Ah! Padre celestial, las víctimas de los hombres no pueden ser propicias*



*para ti; víctimas manchadas ofrecidas por manos culpables, no pueden aplacar tu divina justicia, heme aquí á mi inocente, justo, eterno, inmutable, yó seré víctima proporcionada á tu adorable majestad; dame un cuerpo, Señor, en el cual pueda yo sufrir la dura ley de la expiación, que satisfaga tu irritada justicia; dame un cuerpo en el cual puedas ejercitar implacablemente tu justicia hasta que se sacie tu furor, hasta que se colme la medida de tu cólera y entonces puedas mirar propicio al género humano rescatado ya de la culpa; dame pues una alma con ese cuerpo en el cual habitará mi divinidad y que ya no dejaré nunca; entraré al mundo, conversaré con los hombres, les ponderaré tus misericordias, procuraré cumplir mi divina misión, fundar el reino de Dios en el mundo, estableceré la nueva sociedad de los creyentes, encaminaré á los hombres por el camino de la virtud y por último me entregaré al furor de sus pasiones.”*

Jesucristo vino al mundo, nació pobre en el establo de Belén, vivió abrazado de la mortificación y al fin de su vida, en los últimos instantes de su existencia, como testamento de su amor, nos dejó el ejemplo de su pasión y su muerte.

En la penitencia de Jesucristo están los caracteres de la verdadera penitencia; y en primer lugar ¡oh amable Jesús! cuán pronta fué tu inmolación, cuán voluntaria, cuán universal, cuán espontánea! Apenas el Padre celestial le anunció que era llegada la hora del martirio cruento, que era llegado el momento de su inmolación, cuando, venciendo las repugnancias, el horror de los sarcasmos y de los oprobios, venciendo todo en ese terrible instante, en que compró al mundo con el precio infinito de su sangre, dijo: “*Si es voluntad de mi Padre que beba este cáliz, bébolo hasta sus heces.*”

.....  
 .....

¡Ah! Quién puede contar este dolor, quién puede adivinar sus horrores. ¡Ah! esto será siempre un misterio para el mundo! Los Padres y los Santos nos dicen que en el día del juicio, revelará Dios algo de los misterios, de los dolores, de la desolación de esa alma y de ese cuerpo, en la noche memorable de su pasión y de su muerte. Lo que el Evangelio cuenta basta y ha bastado para poblar los desiertos, y para armar de instrumentos de penitencia á los santos.

Registrad minuciosamente cada una de las potencias de Jesucristo: su memoria, su entendimiento y su voluntad, cada uno de los miembros de su adorable cuerpo y no encontraréis, una sola facultad, un solo miembro que no se encuentre sujeto á la terrible ley de la penitencia. Si es su memoria está atormentada constantemente con el recuerdo de la ingratitud de los hombres, de la debilidad de sus discipulos.

Penitencia pues, completa, mis hermanos, hizo Jesucristo, pero no de sus pecados, sino de todos los nuestros; ené están castigados nuestra soberbia, nuestra avaricia, nuestra sensualidad, todos los pecados de pensamiento y de deseo, todos los pecados de las generaciones y de los siglos.

.....  
 .....

¡Oh amable! ¡oh buen Jesús! Infundid en nuestros corazones el espíritu de penitencia, porque ¿qué será de nosotros si no nos convertimos en verdaderos penitentes? De todos modos Señor prometemos ser verdaderos penitentes ya que hemos sido grandes pecadores, queremos abrazarnos de la cruz de la mortificación, á fin de resucitar contigo, como lo prometiste por tu Apóstol San Pablo, en la gloria verdadera de la inmortalidad del cielo.

